

## II. A. 3- SOY MIEMBRO DE CRISTO. SOY IGLESIA

*(Padre Fundador – Ejercicios 1959, día 6, 2ª meditación y Ejercicios 1967, día 8º, 1ª meditación (el epílogo))*

¡Cristo! Ya esta palabra, Cristo, Jesús, me está diciendo algo que no es solamente Dios Creador, ni siquiera Dios Padre; ni siquiera, afinando más, Hermano Mayor, amigo íntimo.

Cristo dice una **obra**, recuerda una **empresa**, encierra un **plan**. No es el Cristo de la Cruz a secas; ni el Cristo de la Eucaristía, ni la amable figura del Corazón de Jesús. Cristo es algo más que el de la Cruz, el de la Eucaristía, el del Corazón llagado... Cristo es algo más que un crucifijo y que un Copón de hostias.

¿Qué es Cristo? ¿Razón de ser de Cristo, el porqué de Cristo, el porqué de la permanencia de Cristo? Cristo obra, Cristo empresa, Cristo plan. ¿Qué es Cristo? **¡Iglesia!!** Cristo es la Cabeza de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. Los demás somos miembros.

Esta obra que Cristo deja instituida abarca a todas las almas. Entonces, Cristo no está completo en la Cruz ni en la Eucaristía, sino en todos los miembros de su Cuerpo Místico, en la Iglesia que es ese Cuerpo Místico. Solamente cuando llegue el momento último, en que todos los predestinados estén ya en la Gloria, será cuando estará el Cristo completo. Mientras tanto, no.

Ya no es tan sólo Dios Creador: no es solamente Dios Padre. ¡Es Cristo Cabeza! Doctrina del Cuerpo Místico, que, gracias a Dios, está tomando una fuerza cada vez mayor entre todos los fieles, porque hasta ahora, ha sido una de esas cosas que, en el desarrollo del plan divino -Dios sabe por qué- había quedado un tanto relegada. Y no es que sea de hoy. Es de san Pablo. Mejor dicho, es de Cristo. Pero van viniendo así las cosas, y hoy está tomando esta doctrina carta de naturaleza en la conciencia de los fieles, abriendo a sus almas horizontes inmensos.

¡Cristo! Y ante ese Cristo, conocimiento de su Cuerpo Místico. Y ante los miembros de ese Cuerpo Místico, uno de los cuales soy yo, la voluntad toma una postura consecuente. Miembro de su Cuerpo, de ese Cuerpo Místico, cuya Cabeza es Cristo: **COMO LA CABEZA**. ¿Y qué es la cabeza? Esa Cabeza que está, diríamos, coronando todo el plan de Dios, ¿dónde está? Está en la Cruz.

Cuando consuma su Obra, cuando instituye y funda su Iglesia, esposa de la cual soy su miembro, ¡está en la Cruz! Luego, el miembro ha de ser y ha de estar donde y como la Cabeza.

¿Veis ya qué perspectiva? El alma se dispone a escoger siempre lo que le haga más semejante con la Cabeza, porque es propio del miembro de un cuerpo parecerse a la cabeza. Manos de hombre con una cabeza de jabalí, darían por resultado un monstruo. **Esa Cabeza, Cristo, coronado de espinas, con su alma dolorosa y en agonía permanente, está reclamando, urgiendo una disposición de mi alma.**

Es que, viendo a la Cabeza del Cuerpo Místico, en postura sin igual, porque, siendo el Hijo Unigénito del Padre, escoge el llorar, el sufrir, la pobreza..., ¿qué duda se me puede presentar? ¿Qué me puede detener a lanzarme a ser como la Cabeza? Con una excepción: el caso concreto de que la Cabeza quiera de mí que, aunque Ella esté coronada de espinas, yo lo esté de rosas. Pero menos en ese caso concreto, excepcional, en lo demás: siempre como la Cabeza. Como la Cabeza. Y aun en esa excepción hay que aquilatar mucho;

porque el que nace pobre en Belén, tal vez quiera que yo sea rico en la tierra; pero, seguramente, me pedirá el desprendimiento de mis riquezas.

Lo que son ciertas son **tres cosas**:

- **Primera**, que, en virtud de esta doctrina, yo debo completar en mí mismo lo que falta a la Pasión de Cristo (cf. Col 1, 24). ¡Ah! Esto ya es harina de otro costal. Se acabó la excepción concreta. Lo ordinario es esto: cumplir, llenar, terminar lo que falta a la Pasión de Cristo. Pero, ¿es que falta algo a la Pasión de Cristo? Nada en sí misma, puesto que los méritos de Cristo, su Pasión, su Muerte, todo en Él es de valor infinito, es Redención universal. Pero, falta algo extrínseco: falta que, en los miembros, se verifique lo mismo que en la Cabeza. Y si la Cabeza, cuando terminó su plan, lo hizo en la Cruz, los miembros tienen que ir por el mismo camino y terminar allá donde terminó la Cabeza. "*Cumplo en mí*"; redondeo en mí, completo en mí, "lo que falta" a la Cabeza. Porque, como miembro, tengo que ser como ella. Como Cristo.

- **Segunda**: es que, realmente, el plan de Dios es "*instaurar todas las cosas en Cristo*" (cf. Ef 1, 10). A nuestra mente y a nuestro corazón, cada vez ha de aparecer la figura de Cristo más hermosa, más colosal, más magnífica. Salgamos de las pequeñitas cosas en que hemos metido al mismo Cristo, de nuestras "cositas", de nuestras mezquindades, de nuestras nonadas. El plan del Padre es que todo quede instaurado en Cristo: lo sublime y lo profundo, lo alto y lo bajo; todo, todo, todo descansa en Cristo. Que sobre todo y por encima de todo reine Cristo.

Cristo es el Hijo Unigénito del Padre, y el Padre descansa siempre en el Hijo, "*en Quien tiene puestas todas sus complacencias*" (Cf. Mt 3, 7). Y, cuando ha determinado se haga Hombre como nosotros, la Creación entera tiene que reconocerle como su centro y eje, como punto esencial, "*pedra angular*".

Todo descansa en Cristo. Todo es POR, CON, EN CRISTO, en el plan de Dios. Por lo tanto, "instaurar todas las cosas en Él" es conseguir que todas canten la gloria de Dios; que todos nos parezcamos a Cristo y que en todo se refleje su grandiosa figura.

"*Instaurar todas las cosas en Cristo*"; restaurar, restituir. Cristo es el todo; de Él es todo y para Él es todo. Y, en la eternidad, Cristo estará sentado a la diestra de Dios Padre, como una afirmación plástica de que todo es por, con y en Él.

Este es el plan de Dios. Esta, la grandiosidad del plan divino, la trascendencia de la figura de Cristo, de la colosal figura de Cristo. Entonces, ante este conocimiento, la disposición del alma ante lo que es Cristo en el plan del Padre, en la Humanidad, respecto a la Iglesia, a la empresa de salvación de las almas; ante este conocimiento, digo, la disposición del alma ha de ser: COMO CRISTO. Y, por lo tanto, ante dos cosas que a Cristo le puedan dar gloria, sin dudar, elegir la que más me haga semejante a Él. Y si él es pobre y sufre, ¿qué vamos a elegir nosotros?

- **Tercera** cosa: Entonces, el alma no quiere ya más que vivir la vida de Cristo. Porque, en cuanto al plan divino, Cristo es la Cabeza, es el eje; Cristo es el Primogénito, el Hijo Unigénito del Padre. Y, por lo tanto, no cabe nada mejor, aun incluso en lo natural, que ser "otro Cristo". Que Él viva su vida en mí y yo la mía en Él; vivir en Él y ofrecernos sincera y eficazmente para que Él viva Su vida en nosotros. (...)

¡Qué grande es todo, qué grande es todo! Ese es Cristo. ¡Y qué grande soy, qué grande soy, qué grande soy en los planes de Cristo, aunque qué chiquito soy por creatura, pecador y nada! Ya no es solamente salvar mi alma, ni siquiera formar parte del Cuerpo Místico de Cristo; sino que soy Iglesia, que influyo en el mundo entero, en todos los hombres, desde Adán hasta el último que nazca en el último día.

Ese soy yo: engranaje en la rueda, miembro del Cuerpo Místico, auténtico Cristo en su Iglesia. Ese soy yo: Iglesia. Y esa es su Iglesia, la hermosa Esposa de Cristo, sin mancha ni arruga. Esa es la Iglesia. Santa, católica, apostólica, una. La Iglesia, Cuerpo Místico; yo, miembro; Cristo, la Cabeza. ¡Qué grandioso!

¡Qué grandeza “ser Cristo”! ¡Qué grandeza la mía, la que me ha correspondido por la parte que tengo en instaurarlo, en reconstruirlo todo en Cristo! Que Cristo viva su vida en nosotros y nosotros la nuestra en Él.

Como epílogo, Hijos míos, el alma oblata, además de cuanto el Señor le inspire, tiene que sacar esta consecuencia: ofrecer su propia humanidad para **dos fines**:

- Uno, lo marca san Pablo: para que en ella se complete la pasión de Cristo. Pero, ¿qué falta a la Pasión, si es infinito su valor y la Redención es universal? ¡Ah, Hijo mío! Es que Él es la Cabeza, y tú, miembro de su Cuerpo Místico; por lo tanto, debes sentir lo que Él sintió y, en consecuencia, en este sentido completar sus sufrimientos para que la Cabeza tenga unos miembros dignos de ella.

- Pero, además, debes ofrecer tu humanidad a Cristo, para que Cristo, siga en ella, amando, sufriendo y ofreciéndose. Con todas las reservas que impone la sana Teología, pero debes ser algo así como una especie de naturaleza sobreañadida a Cristo, que en su Persona física ya no muere, ya no sufre, porque ya no puede morir y sufrir, y por eso diríamos –repito, siempre ajustándonos a la doctrina de la Iglesia– te necesita a ti, que todavía puedes sufrir y que, desde luego, tienes necesariamente que morir. Pero, también, para que una tu amor y tu sufrimiento a los suyos, porque sí, sigue amando y ofreciéndose, como lo atestigua claramente la Carta a los Hebreos: *“Pues no entró Cristo en un santuario hecho de mano... sino en el Cielo mismo, para presentarse ahora en el acatamiento de Dios a favor nuestro”* (Cf. Hb 9,24).

*Venerable padre José María García Lahiguera*